

Muéstrame tu rostro

Cuando nace un niño o niña, sus parientes comienzan a identificar su rostro con el de la tía vieja o con el abuelo ya inmemorial y atardecido. Sus rasgos los van definiendo en pequeños detalles: Su boquita, sus ojos, su nariz, alguna primera sonrisa o bostezo. Esto habla de unas raíces comunes, de pertenencia e identidad, de un parentesco que no puede ignorarse. Siempre hay una búsqueda de lugares comunes.

Nuestras familias son muy dadas a este reconocimiento identitario. Nos asustan los genes más allá de nuestro círculo. Pero esto se acentúa más en las tradiciones culturales y de memorias ancestrales. La Biblia usa mucho este lenguaje, el del tronco genealógico o árbol familiar. El profetismo tiene también connotaciones de sangre y lenguaje que tiene las venas del coraje.

Para Juan el Bautista, la presencia de Jesús significó en su momento, una pregunta adobada en desconcierto: “¿Eres Tú o tenemos que esperar a otro?”. Sin embargo, en otra ocasión, tuvo la audacia de mostrarnos su rostro: “¡Es Él” y lo mostraba con su dedo, con su voz, con su testimonio. Lo fue identificando con diversos detalles, como un retrato hablado hasta darnos, a la perfección, el rasgo definitivo de su rostro.

Los estudiosos se quiebran la cabeza tratando de definir a perfección el rostro de Jesús. Pero Él se adelantó a todo esto cuando nos dice que, en el rostro del pobre, del preso, del inmigrante encontramos su rostro. Los miles de rostros de todos los crucificados de la historia, cada uno según su tragedia, aporta en detalle, a la reconstrucción del auténtico rostro de Jesús, quizás aquel que Juan el Bautista quiso autografiar con su sangre.

Cochabamba 15.01.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com